

Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE179470

SUPLEMENTO
Vida Nueva



Umberto Boccioni «Tres mujeres» (1909-1910)

EDITORIAL

Amigas

Durante muchos siglos, la amistad ha sido considerada un hecho solamente masculino, un sentimiento “alto”, catártico, que elevaba el espíritu: Aquiles y Patroclo, Euríalo y Niso, pero también David y Jonatán, la literatura y el mismo texto bíblico ofrecen ejemplos famosos. Las mujeres quedaban rigurosamente excluidas, su amistad no era digna de nota, ni de ser contada, sublimada en los poemas y en los cantos. También cuando el cristianismo introdujo una concepción más igualitaria de la relación entre los géneros, filósofos y literatos continuaban dependiendo de la gran tradición clásica en la que, sobre todo en el mundo griego, eran solo los hombres los que ennoblecían en las escuelas y en los simposios sus afectos rigurosamente masculinos. Se abría un espacio a las amistades femeninas, pero en los conventos, tanto en la hermandad de las monjas como en casos excepcionales de uniones entre mujeres fuera de lo ordinario, que permanecen confiadas a su correspondencia, como el de Clara de Asís e Inés de Praga, aquí analizado por Gabriella Zarri.

La revaloración de las amigas mujeres, más allá de los estereotipos sobre la superficialidad femenina, y la interpretación de sus uniones en términos de “afinidad electiva”, de elevación espiritual y cultural, no son de hace mucho y quizá todavía no se han cumplido del todo.

Este número trata de tomar algunos momentos de este reconocimiento: además de Clara de Asís, las amistades espirituales de Chiara Lubich con sus compañeras; la unión en el horror del campo de concentración entre dos mujeres excepcionales, Grete Buber-Neumann y Milena Jesenska, la Milena de Kafka; las amistades femeninas a través de la imagen cinematográfica, una ventana extraordinaria que desvela no diría tanto las sombras como la ambigüedad con la que todavía hoy son percibidas por la mirada masculina. En conjunto, una imagen de las amistades entre mujeres que nadie tiene que envidiar a la fuerza creadora de las amistades masculinas: una fuerza irresistible, capaz de sujetar el mundo y de cambiarlo. (Anna Foa)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción

GILIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUJA RUTT
ANNA FOA

MARIE-LUCILE KUBACKI
RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano
(traducción de Rocío LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

La amistad que permitió forjar una gran familia

El movimiento focolar nació de la mano de la entrega y unidad de ocho mujeres

DE FLORENCE GILLET

Algunas de las primeras compañeras de Chiara Lubich
(© Centro santa Chiara audiovisuales, 2018)

No seremos nunca capaces de valorar la ayuda que los hermanos nos dan también si no nos damos cuenta. ¡Cuánta valentía infunde en nosotros su fe, cuánto calor su amor, como nos arrastra su ejemplo!».

Chiara Lubich (1920-2008), la autora de estas líneas, es mundialmente conocida como aquella que ha sabido arrastrar detrás de Cristo -animada por el poderoso carisma del Espíritu Santo - a cientos de miles de personas; aquella que habla a las multitudes, tiene intensas relaciones con budistas, musulmanes, es seguida por personas sin convicciones religiosas y da de nuevo, a pequeña escala pero real, un aliento de vida a la política, a la economía.

¿Cómo valorar entonces la ayuda que ha recibido de muchos hermanos y hermanas? En la balanza de las aportaciones de todo tipo que han hecho a Silvia Lubich, simplemente "Chiara", no es de poco peso la amistad con sus primeras compañeras.

Todo comenzó con una elección íntima y personal: la elección de Dios, y con la consagración en la virginidad en 1943 en Trento con la Segunda Guerra Mundial. Pero bien pronto no es un "yo", sino un sujeto colectivo que se mueve, actúa, comprende, reza y ama: Chiara y sus primeras compañeras.

Se llaman Giosi, Natalia, Valeria, Palmira, Silvana. Se podrían haber convertido en personas comunes, sin embargo, han sido faros en los cinco continentes, pescadores de hombres dos mil años después de Pedro. Y todo esto es por la amistad indefectible con Chiara Lubich.

Esta historia tiene cosas increíbles, y también es muy sencilla. Se entiende si se abre el Evangelio en el capítulo 13 de Juan y se lee. «Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros» (Juan, 13, 34).



Un mandamiento practicable solo en comunidad, nadie puede vivirlo en soledad. Cuando, en los refugios para protegerse de las bombas, escuchan este pasaje, se intercambian una mirada de entendimiento profundo, mientras miden el compromiso pedido por el «como yo os he amado». No dudan en declararse recíprocamente: «Yo estoy preparada para amarte hasta dar la vida por ti». Es un pacto que cada una sella con las otras. Es la voluntad de expulsar toda envidia o competitividad, tan fácil entre las mujeres. Chiara lo considerará el evento fundamental del que todo fluyó, el inicio de un nuevo estilo de vida, el fundamento, la piedra angular sobre la cual apoyará el edificio del movimiento de los Foculares.

Ciertamente no es algo inédito en la historia de la Iglesia: Agustín, Benito, Francisco, han incluido en sus reglas de vida el amor fraternal. Pero hay quizás algo nuevo. Chiara tiene el talento de la comunidad, para ella es imposible que no circule todo entre ellas, por eso transmite a las compañeras que tanto ama lo que vive y todo lo que el Espíritu Santo le inspira. Así, en la base del pacto vivido en una fidelidad a veces heroica, el grupo de amigas camina juntas. Son un alma sola.

¿Se puede hablar de amistad? ¿Son amigas o hermanas? Entre ellas hay una unión sólida como la roca, y quisiera ilustrar con dos ejemplos la cualidad de esta relación única de amistad que valora, libera las potencialidades, sostiene, hace crecer la persona y edifica una obra de Dios. Estamos en 1954. Desde que se ha-



Aletta será recordada como aquella que infunde entre los miembros del movimiento el compromiso de cuidar de la salud física, mental, espiritual, para ser capaz de formar una comunidad unida en el amor y en la paz: lo hizo en el Oriente Medio en guerra. Chiara le confió la naturaleza y la vida física, el verde.

A Marilen, que vivió quince años en el bosque de Camerún en medio de una tribu que practicaba la religión tradicional y dio testimonio de un respeto incondicional por su cultura, Chiara confió el azul: la armonía y la casa.

Bruna era una intelectual y Chiara la veía como aquella que debía desarrollar el aspecto de los estudios como bagaje a la sabiduría: el índigo. A Eli, que estaba siempre al lado de Chiara, preocupándose que todos los miembros en el mundo vivieran al unísono como un solo cuerpo, se le encomendó el aspecto de la «unidad y medios de comunicación», el violeta.

Recordamos además otras compañeras que tendrán sucesivamente tareas particulares o irán por los cinco continentes: son Dori, Ginetta, Gis, Valeria, Lia, Silvana, Palmira.

Casi veinte años después, cuando el movimiento estaba bien consolidado en muchas naciones gracias al trabajo de sus primeras compañeras y - no debemos olvidarlo - de sus primeros compañeros, la misma Chiara quiso explicar la relación que la unía a sus compañeras en lo íntimo de su casa, de su focolar:

«La filadelfia (amor fraternal) en mi focolar es más que una realidad. Es aquí que yo tomo fuerza para afrontar las cruces de cada jornada, después de la unión directa con Jesús. Aquí la una se preocupa de la otra según la necesidad. Aquí se va de la sabiduría comunicada con espontaneidad [...] a los consejos prácticos sobre la salud, el vestido, la casa, la comida, a ayudas cotidianas, con sacrificios que a menudo no se cuentan. Aquí, en resumen, estás convencido de que nunca serás juzgado por el hermano, sino amado, excusado, ayudado. Aquí la traición incluso mínima, no es pensable. Aquí corre sangre de casa, pero celeste. [...]»

Cuando después quiero verificar si la mía es una inspiración, si una conversación que debo hacer a cualquiera, un artículo, hay que corregir en un punto o en otro, se lo leo pidiendo solo el vacío absoluto de juicio. Ellos lo hacen y yo siento engrandecida la voz de Jesús dentro que me dice: «Aquí bien, aquí al principio, aquí es largo, aquí explica mejor». Releo con ellas el texto y lo encontramos como queríamos, con alegría de todas».

No sorprende entonces que, como testamento, Chiara haya dejado a los suyos esta sencilla frase, pero impregnada de una larga experiencia y saber hacer: «Sed siempre una familia».

Chiara Lubich en una fotografía de los años cuarenta
(© Centro santa Chiara audiovisuales, 2018)



La lengua del Espíritu

La relación epistolar entre Clara de Asís e Inés de Praga nace y se consolida a partir de un nexo común entre ambas: su entrega completa a Cristo

DE GABRIELLA ZARRI

Clara e Inés no se vieron nunca. Vivían en países alejados y pertenecían a diferentes clases sociales, pero su amistad no puede ser puesta en duda. Lo testimonian cuatro cartas que sobrevivieron a un carteo prolongado en el tiempo. Se trató ciertamente de una amistad espiritual, de esas que pueden florecer y echar raíces solamente entre quien tiene aspiraciones, ideales, modelos de vida común, entre quien ama profundamente a Dios y lo ve en otro con quien comparte la tensión a unirse y uniformarse con él. Se genera entonces una disposición interior y una moción sentimental que induce un intercambio recíproco de confirmación en la fe y de apoyo en la duda, de compartir afectos y de ayuda recíproca en las eventuales dificultades. Todo esto y mucho más emerge de las palabras de Clara que saluda con impulso a la amiga lejana que ha emprendido una vida totalmente similar a la suya para poder realizar en la forma más coherente el propósito de la sequela Christi: seguir a Jesús en la pobreza y en la renuncia al matrimonio en vista de una unión más alta y más profunda.

Clara, nacida en 1193, pertenecía a una familia noble de una pequeña ciudad italiana, dotada de una riqueza notable. El destino trazado para ella por el padre Favaroni preveía la boda con un joven encumbrado que pudiera consentirle el tenor de vida hasta ahora disfrutado o incluso más alto. Ciertamente nada comparado con la amiga Inés, nacida en Praga en 1211, princesa de sangre, hija del soberano de Bohemia y destinada como mujer al hijo del emperador Federico II de Suabia. La disparidad de rango y la lejanía espacial entre las dos jóvenes mujeres no impide un sentir común. Ambas educadas en la religión cristiana y en la misericordia hacia los pobres y enfermos, practican la limosna y la asistencia como deber innato de los más ricos, pero esta concepción de la caridad asimilada en familia ya no responde al sentir de la generación de su tiempo que ve en los pobres un alter Christus. Seguir a Cristo significa entonces hacerse voluntariamente pobres. Tanto Clara como Inés han entendido la nueva llamada del Señor y han visto o conocido el ejemplo de Francisco. Su vía

es por tanto iluminada y trazada. Primero Clara huye de casa, renuncia a su dote para distribuirla entre los necesitados, subraya con un gesto radical su conversión haciéndose cortar el pelo por Francisco. Los intentos del padre de conducirla a casa son vanos. Es más, poco después también la hermana de Clara la alcanzará en su nueva casa en San Damián: un refugio todavía provisional en vista de preparar la forma de vida para compartir con otras amigas y hermanas.

Inés sin embargo llega más gradualmente a la completa entrega a Cristo. Ha oído de los primeros hermanos menores llegados a Praga el mensaje de Francisco, muerto hace poco y enseguida canonizado (1226-1228); ha empleado parte de sus bienes en la fundación de un hospital para los enfermos y de un convento dedicado a san Francisco para las hermanas que lo sirven; madura después el propósito de vivir en completa pobreza, en el modelo de lo que ya ha realizado Clara. Lo conseguirá no con la fuga sino con una difícil negociación con la



familia, intermediario el mismo Papa, Gregorio IX. Con la aprobación pontificia, Inés llamará a dirigir el convento a cinco monjas de Trento que seguían la forma de vida de San Damián (1233-1234), otras jóvenes bohemias se unieron y pocos meses después la noble princesa se unió a ellas. Se privó de todos sus bienes transfiriendo la posesión a la Santa Sede y recibiendo a cambio el privilegium paupertatis que ya había conseguido Clara, es decir el consenso papal a no estar obligada a aceptar bienes y a vivir solamente con el producto del trabajo de las hermanas y con las limosnas. Después de estos eventos Clara de Asís reconoce a Inés de Praga como hermana e hija y le dirige esas cartas que constituyen un monumento de espiritualidad y de amistad que tiene pocas comparaciones en su siglo y otros.

Las cartas de Clara son también un modelo de alta escritura femenina. Siguen las reglas de las artes en su saludo inicial y en el estilo, superan sin embargo la base formal con contenidos y expresiones dictadas por sinceridad y afecto. La primera carta, cuya datación oscila entre el 1234 y el 1238, año de la concesión en Praga del privilegium paupertatis, se pone como saludo a la noble dama que con la renuncia a los bienes terrenos y la elección de la virginidad se ha convertido en hija y hermana de la pobre hermana de San Damián. El comienzo hace referencia al alto rango de la destinataria y su condición actual de «hermana y esposa del sumo rey de los cielos»; a ella se dirige la humilde e indigna «criada de Cristo y sierva de las pobres señoras».

En este primer encuentro epistolar con Inés, Clara destaca la disparidad de origen entre las dos interlocutoras, en la que aparece la expresa admiración por la elección radical de pobreza de Inés y su satisfacción por la común forma de vida, que permite superar distancias y formalismos. Inés y Clara son ahora hermanas y la primera seguidora de Francisco asume un rol de guía espiritual con aquella que quiere seguir sus huellas:

«Por tanto, hermana carísima, o más bien, señora sumamente venerable, porque sois esposa y madre y hermana de mi Señor Jesucristo, tan esplendorosamente distinguida por el estandarte de la virginidad inviolable y de la santísima pobreza, confortaos en el santo servicio comenzado con el deseo ardiente del pobre Crucificado».

Clara indica a Inés el primer y único modelo a seguir: el Cristo pobre y crucificado. Francisco de Asís no es nombrado ni en esta ni en las otras cartas, si bien el elogio de la pobreza que la abadesa de San Damián incluye en la primera epístola dirigida a Inés hace referencia ciertamente, también en la inspiración poética, al amor del hermano menor por la esposa pobreza:

«Oh bienaventurada pobreza, que da riquezas eternas a quienes la aman y abrazan! ¡Oh santa pobreza, que a los que la poseen y deseas les es prometido por Dios el reino de los cielos, y les son ofrecidas, sin duda alguna, hasta la eterna gloria y la vida bienaventurada! ¡Oh piadosa pobreza! a la que el Señor Jesucristo se dignó abrazar con preferencia sobre todas las cosas, Él, que regía y rige cielo y tierra, que, además, lo dijo y las cosas fueron hechas».

La segunda carta enviada por Clara a Inés es posterior a la primera y está escrita en una circunstancia especí-

fica, determinada por las intervenciones realizadas por personas autorizadas para inducirla a mitigar la pobreza absoluta que había abrazado. Clara ahora exhorta a la hermana a no retroceder del primer propósito, «como otra Raquel y viendo siempre tu punto de partida». Sufriendo con Cristo, la noble Inés reinará con él y adquirirá por la eternidad la gloria del reino celeste en lugar de cosas terrenas y transitorias.

También la tercera carta de Clara es en respuesta a una cuestión específica relativa al ayuno, originada por prescripciones papales que avivan las costumbres mismas en vigor entre las damianitas. Inés se pregunta entonces cuáles fueron las órdenes de Francisco. La epístola está datada en torno a 1237 y la frecuencia de los contactos entre las dos damianitas en este periodo, es comprensible

Maestro de santa Clara (siglo XIII)
En página 14:
Maestro bohemio de Praga «Santa Inés cuida a los enfermos» (1482)



a la luz de la voluntad de Inés de uniformar y dirigir los pasos de la fundación de Praga sobre las huellas de la de Asís. Clara responde al interrogante, pero pronto sus palabras se dirigen al núcleo temático de su exhortación amistosa. Como madre se alegra por la sabiduría y la virtud de Inés, «colaboradora del mismo Dios y apoyo de los miembros valientes de su Cuerpo inefable», y la incita a apoyar su corazón delante de la figura de la sustancia divina para contemplarla y transformarse completamente «imagen de su divinidad» que la acoge en su amistad «para que también tú sientas lo que sienten los amigos cuando gustan la dulzura escondida que el mismo Dios ha reservado desde el principio para quienes

lo aman». La deificación es el objetivo de la vida de las hermanas, la elección de la pobreza es el primer paso para acercarse a Cristo.

Muy distanciada en el tiempo se ubica sin embargo la cuarta y última carta enviada a Inés. Es una carta de despedida y tiene casi el valor de testamento. Clara está muy enferma y morirá dentro de poco asistida por la hermana. Estamos en 1253. En la introducción la madre se disculpa por el largo silencio, causado también por la lejanía y la falta de portadores, pero entra enseguida en el núcleo esencial de sus pensamientos y de sus exhortaciones que se desarrollan en torno a dos temas: el binomio Inés-Cordero y el motivo del espejo sin mancha.

El primer tema lleva a la boda con Cristo que Inés de Praga, «como la otra virgen santísima, santa Inés», ha renunciado a todas las vanidades de este mundo desposándose con el Cordero. El segundo tema es el del espejo en el que Inés debe mirarse para embellecerse «con flores y vestidos de todas las virtudes, como conviene, oh hija y esposa carísima del supremo Rey». En este espejo brillan «la bienaventurada pobreza, la santa humildad y la inefable caridad». Estas son las virtudes que reflejan la vida del esposo Jesucristo: al principio la pobreza marca su nacimiento, después la humildad se manifiesta en los cansancios y penas por él sostenidas por la redención, finalmente la caridad es la fuerza que lo empuja a sufrir en la cruz y a afrontar la muerte más vergonzosa. Inés mira ese espejo, se enciende de amor e implora ser introducida en la «celda del vino». Sigue después una serie de citas del Cantar de los Cantares que evocan la boda mística, figura de la unión mística con Dios.

La carta se concluye después con pocas, crudas palabras que resumen el sentido, nunca antes explicitado, de la larga relación epistolar de las hermanas y amigas: «Que calle la lengua de la carne, digo, y que hable la lengua del espíritu».

Afecto y compartir de vida y de aspiraciones marca la esencia de una amistad espiritual sin tiempo.

[Las citas de la cartas (en italiano) son tomadas de la edición de Giovanni Pozzi y Beatrice Rima: Clara de Asís, Cartas a Inés. La visión del specchio, Milán, Ediciones Adelphi, 1999]



Catalina Tomás Gallard

Esta religiosa mallorquina alcanzó el éxtasis tras una fuerte lucha interior

DE MARIA GRAZIA CALANDRONE

Las palabras de mi vida son diez.

1. ISLA. Mallorca, en el archipiélago español de las Baleares. Nací bajo el signo del toro, sólida y firme como el animal, el 1 de mayo de 1531, en Valdemossa, una localidad al noroeste de la isla, en la Sierra de Tramontana. Un círculo de tierra hecho de piedras y olivos. Todavía más alto que mi cabeza, más allá de las colinas de robles, olivos y almendros, dicen que está el mar, un agua inmensa que tiene el color del cielo. Ciertas noches me parece sentir el olor. Sigo con los ojos la bellísima línea del campanario verde de la Cartuja hasta la cima y bajo del lado opuesto, imagino...

2. HUÉRFANA. De padre a los cuatro años y de madre a los diez. Penúltima de siete hermanos. Ni siquiera el privilegio de ser la última.

3. OLIVO. Como huérfana, me acogen los tíos maternos de Son Gallard, Joan y María. A cambio del mantenimiento, los tíos me mandan a pastorear el ganado, vamos a la iglesia solo el domingo. Construyo la iglesia donde me encuentro. Me encuentro bajo las ramas de un olivo torcido y grande como un padre. Construyo un altar de piedras pequeñas, las que logro transportar.

Me arrodillo. Dicen que al Señor le basta el corazón.

Mientras miro el ganado, sus ojos llenos de sabiduría y de paciencia,uento las avemarías del rosario sobre las hojas de un ramo de olivo. Como con los pies descalzos entre cardos y zarzas. Dicen que el sufrimiento ayuda a comprender.

Siempre he tenido una necesidad de otro mundo. Sin mí.

La pureza del corazón, que me interesa, se convierte pronto en una necesidad de pureza del cuerpo. No siento el deseo de un amor humano. No siento el deseo hacia otro cuerpo. La pureza, para mí, encaja con la soledad. Dejo solo mi cuerpo.

4. PADRE. Un día encuentro un hombre, el padre Antonio Castañeda, un ex soldado del ejército de Carlos V que, tras sobrevivir por milagro a un naufragio, ha elegido vivir como ermitaño en el colegio de Miramar. Tiene veinticinco años más que yo. Nos encontramos durante su visita a la granja y enseguida su alma lee en mi alma: junto a él descifro mi deseo, decidido que mi deseo se convertirá en mi destino, por tanto, con su apoyo, encuentro la valentía para decirle a mis tíos que quiero entrar en el monasterio.

Los tíos se oponen, por razones económicas: no soy más que una pastora ignorante y a ellos les soy útil así,



no tienen intención de invertir dinero para hacerme estudiar. Además, no tienen una dote para ofrecer por mí al convento.

El padre de mi alma no me abandona, él piensa en todo: me pone al servicio en Palma de Mallorca, con los Zaforteza, una familia noble. Aprendo a leer y escribir y puedo finalmente dibujar la belleza y bondad de las Escrituras. Me impongo alimentarme solo de pan y agua y uso una piel de puercoespín como cilicio. Estoy convencida de que la mortificación del cuerpo abra escenarios invisibles. Espero. Espero entender y ver.

Como es obvio, me enfermo.

Padre Antonio está siempre a mi lado, su confianza me sostiene, logra convencer las canónigas regulares de San Agustín y tomarme como corista en el monasterio de Santa Magdalena de Plana, incluso sin dote. Dice que soy una buena inversión, que soy ferviente y sincera. Es 1553. Tengo 22 años.

5. NOVICIADO. Mi noviciado es extraordinariamente largo, dos años y siete meses.

Dicen que estoy palidísima, las privaciones a las cuales me someto empobrecen mi cuerpo físico. Creen que tengo tuberculosis. Pero yo estoy sanísima. Yo, dentro, me siento muy fuerte. Empiezo a comprender. Todo este dolor no es por nada. Estoy determinada a continuar. Mastico pimienta para hacer subir un poco la sangre a las mejillas, así dejan de preocuparse.

Rezo y rezo, luchó contra tentaciones, dudas, contradicciones y contrastes. El demonio me pone en dura prueba. Él es astuto, inteligente, me conoce, sabe dónde golpear.

Pero mi voluntad es más firme que la suya. Toro contra cabra. Soy más feroz y más grande.

6. VOTOS. Y finalmente, con veinticuatro años, hago los votos. Me pongo un vestido que me ha dejado una hermana y no quiero regalos. El regalo más grande es finalmente ser tu esposa, Jesús. Ser incluso indignamente digna de ti. Humilde, sierva, todas esas cosas y esas costumbres. Pero yo he luchado fuerte, para merecerme este vestido usado.

Es el 24 de agosto de 1555. La fecha de mi verdadero nacimiento.

La autora

www.mariagraziacalandrone.it

Maria Grazia Calandrone es poeta, escritora, dramaturga, autora y presentadora Rai, escribe para el «Corriere della Sera» y es directora de «Los voluntarios», documental sobre la acogida a los migrantes para

«Corriere TV». Da talleres de poesía en escuelas, cárceles. Entre los últimos libros: *Serie fossile* (Crocetti, 2015; premios Marazza y Tassoni, rosa Viareggio), *Gli Scomparsi. Storie da "Chi l'ha visto?"* (Pordenonelegge, 2016; premio Dessi), *Il bene morale* (Crocetti, 2017) y *Per voce sola*, recopilación de monólogos teatrales, diseños y fotografías, con

CD de Sonia Bergamasco y EstTrio (ChiPiùNeArt, 2016). Sus

escritos aparecen en antologías y revistas de numerosos países

nosotras hermanas, aquí, tenemos el privilegio del silencio, el lujo del silencio. Ya casi no está el cuerpo. Está el infinito del amor. Punto.

9. MILAGROS. Sumando tiempo a silencio, me vuelvo a mi pesar milagrosa. No quiero que se sepa, pero se acaba sabiendo: los éxtasis duran tanto que ya no puedo esconderlos. Días enteros, después días y días. Veo los ángeles y hago profecías. Cuando combato contra la legión infernal traigo heridas. Los santos me sanan. Podrían no hacerlo.

Miro al mundo, Jesús, y no veo el mundo, te veo a ti en todos lados. Como una enamorada separada del esposo se rodea de imágenes suyas, apoya la cara en sus ropas, para oler todavía su perfume, así perdidamente apoya la cara en mí, busco el perfume del amor infinito, busco dentro de mí lo que no termina: en la oscuridad profunda, en el silencio absoluto, en el nada sin cabeza que es un ser humano. Qué me importa del mundo.

Deseo que todas las criaturas tengan confianza en los propios recursos, deseo que encomienden la propia salvación a las propias mismas manos. Porque sé, yo lo sé, que Tú sabes hacerte pequeño como nuestras manos.

10. FINALMENTE. Muero. Me voy de esta prisión.

Una verdadera razón para vivir entre el horror

Margarete Buber-Neumann y Milena Jesenska son signo del auxilio en el ocaso

DE ANNA FOA

Nos encontramos en el campo de concentración femenino de Ravensbrück. Milena se había enterado de mis tribulaciones por una mujer alemana que había llegado al campo viajando en su propio convoy. (...) Vino a mi encuentro durante el paseo de las "recién llegadas", a lo largo de la estrecha calle entre la parte de atrás de los barracones y lo alto del muro del campo coronado con un alambre de espinas de alta tensión, el muro que nos separaba de la libertad. Para presentarse dijo: "Milena de Praga".

Empezaba así, en un campo de concentración, la amistad entre dos mujeres excepcionales, Margarete Buber-Neumann y Milena Jesenska, una amistad destinada a durar, en el campo, hasta la muerte de Milena, en 1944. Mientras que Margarete Buber-Neumann (Grete) sobrevivió, y para recordarla, escribió una biografía de la amiga, publicada en 1977. Porque Milena Jesenska era aquella a la que Kafka dedicó las cartas a Milena. Y Milena había, a la muerte de Kafka, escrito un recuerdo bellísimo de él.

Milena era una periodista y escritora de Praga, nacida en 1896. Cuando murió en Ravensbrück tenía cuarenta y siete años. Margarete tenía tres años menos, era una judía alemana, comunista. Se había casado con el hijo de Martin Buber (de quien toma el apellido) con quien había tenido dos hijas y del que se había divorciado en 1929. Margarete era en esta fase de su vida una comunista de hierro, también las razones de su desapego de Buber eran el alejamiento de él del partido comunista, y en nombre de su ideología había perdido a las hijas, que habían sido confiadas a la suegra y que en 1938 habían emigrado a Palestina.

Después del divorcio con Buber, Margaret se había casado con un político comunista, Heinz Neumann. En

1933 huyeron a España, después a Suiza, y finalmente a la Unión Soviética. Vivían en Moscú en el Hotel Lux, el lugar donde vivían los comunistas extranjeros. Aquí en 1937, en el clima ya de las grandes purgas, Neumann fue arrestado y fusilado. El año siguiente también Margarete fue arrestada y condenada a cinco años de gulag. Fue enviada a Kazajistán, en el campo de Karaganda. Dos años después la Unión Soviética, ya unida con Alemania por el pacto Ribbentrop-Molotov, entregó a los nazis a todos los alemanes refugiados, judíos o comunistas, lo que fueran. «Nos paramos teniendo la mirada dirigida hacia la orilla opuesta del puente ferroviario que delimitaba la frontera entre la zona polaca ocupada por los alemanes y el custodiado por los rusos. Del otro lado un militar estaba dirigiéndose a pasos lentos hacia nosotros. Cuando estaba más cerca reconocí la gorra de las SS» cuenta Margarete Buber-Neumann. Fue así que, en el puente de Brest Litovsk, fue entregada a los nazis que la enviaron a Ravensbrück, campo femenino abierto en el 1939.

Milena Jesenska era una de las figuras más conocidas por los intelectuales de Praga, una especie de duende lleno de vida, cortejada y amada por muchos, no solo por Kafka, con quien tuvo una historia infeliz y apasionada. Entró también ella, como muchos otros intelectuales, en el Partido comunista, pero se alejó pronto y fue expulsada en 1936. Fue una periodista de éxito, escribía para la más prestigiosa revista de política y cultura, «Pritomnost». Sus artículos del 1938 al 1939 nos ofrecen una mirada lúcida sobre las situaciones de Checoslovaquia, sobre la traición de las democracias a Mónaco, sobre la invasión. Tenía una hija, Jana Honza. Con la invasión, Milena se lanzó a la resistencia. Pero fue arrestada en noviembre de 1939. Un año después fue enviada a Ravensbrück, donde entró como prisionera política. Se quedó cuatro años,

hasta la muerte. Y es por tanto en el campo de concentración de Ravensbrück que estas dos mujeres se encontraron. Era un espacio solo para mujeres, en activo desde 1939 a 1945 a unos cien kilómetros del norte de Berlín. Inicialmente tenía dos mil mujeres, todas prisioneras políticas alemanas y austriacas, pero llegó al final a tener más de cuarenta y cinco mil. Menos en algunos momentos, en particular en el periodo final, las detenidas eran sobre todo políticas, en riesgo de exclusión, gitanas, mujeres acusadas de haber tenido relaciones con judíos contaminando la raza. Las judías no superaban el 10%. El número de las mujeres que murieron oscila, dependiendo de los historiadores, entre treinta y noventa mil. El número de las mujeres que fueron detenidas en total supera los cien mil. A partir del otoño de 1944, cuando las cámaras de gas de Auschwitz dejaron de funcionar, el campo fue dotado de una, quizás dos, cámaras de gas y funcionó como campo de exterminio. Ravensbrück fue liberado por la Armada roja el 30 de abril de 1945.

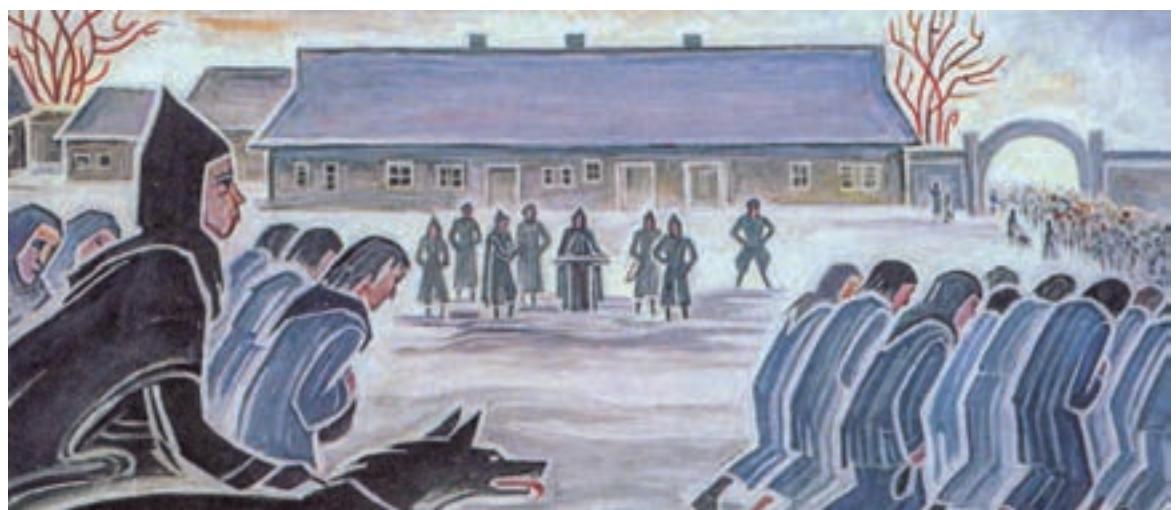
Como cabeza del barracón de las Testigos de Jehová, Grete llevaba en el brazo una franja verde que le permitía una cierta libertad de movimiento. Milena, llegada desde hace poco y puesta en el bloque de las recién llegadas, podía hacer un corto paseo al día, y es gracias a esta circunstancia que las dos prisioneras empiezan a verse cada día, a lo largo de la estrecha vía que dividía los barracones de las recién llegadas del muro del campo, alto y camino de alta tensión, un camino que Milena había apodado «el muro de las lamentaciones». Milena preguntó durante mucho tiempo a Grete sobre la historia en la Rusia de Stalin, sobre sus relaciones con el comunismo. Era una historia que le interesaba mucho como periodista, pero también personalmente porque también ella, como Grete, había pasado por la ideología comunista y ahora era boicoteada por las presas políticas comunistas y considerada una traidora. Es esta, de la permanencia de los odios y de las excomuniones también en los campos de concentración, en las prisiones, al exilio, una historia trágica que tiene que ver con todo el universo comunista de la época, en los tiempos tremendos de las purgas de Stalin y del acuerdo entre Unión Soviética y Alemania, pero también después. No olvidemos que Stalin hizo deportar en el gulag a la mayor parte de los soldados y de los oficiales de la Armada roja supervivientes a los campos de concentración porque era «sospechosos» de traición.

De estos largos discursos desde el inicio de su amistad nace un proyecto, el de escribir un libro juntas una vez liberadas del campo de concentración, un libro sobre las dos experiencias de reclusión, el gulag y el campo de



Milena Jesenska y Margarete Buber-Neumann en un fotomontaje sobre las fotografías de las mujeres internadas en Ravensbrück

El campo de Ravensbrück en una ilustración de Olena Wityk Wojtowycz (1988)



Amigas en el cine

La gran pantalla se ha resistido a plasmar la fraternidad femenina

DE EMILIO RANZATO

Es en 1986 cuando una directora neozelandesa hace su debut en el mundo del cine: Jane Campion se convertirá después en un nombre muy conocido y apreciado por el gran público, pero de su primera película se ha perdido completamente la pista. Quizá también porque *Dos amigas*, bonita película y melancólica, afronta - además, contado por una mujer, representando un único caso absoluto - un tema poco tratado por Hollywood, es decir la amistad femenina.

No hay forma de arte más masculina que el cine: y si sobre todo en el pasado la figura de la mujer directora era poco más que una quimera, todavía hoy el número de las guionistas es sorprendentemente bajo. ¿Esta ausencia femenina puede explicarse porque la filmografía dedicada a la amistad entre las mujeres sea decididamente pequeña? Aun así, aunque raras, y firmadas por hombres, no han faltado las buenas películas.

En 1939 el director George Cukor firma *Mujeres*, película que tiene una particularidad más única que rara, la total ausencia de personajes masculinos. Pero Cukor -que incluso ha pasado a la historia como el women's director por excelencia-, en realidad en este caso graba una película ni siquiera sutilmente machista.

En la narración de una mujer traicionada que es ayudada por las amigas a reconquistar al marido -según el esquema del rematamiento típico de la comedia de esos años-, impresiona la indulgencia de otros tiempos con la que se invitaba a cerrar los ojos frente a los peores vicios masculinos.

Una imagen retrógrada sobre todo si se consideran las figuras de mujeres plenamente emancipadas que precisamente la sophisticated comedy había sabido desarrollar durante todo ese decenio.

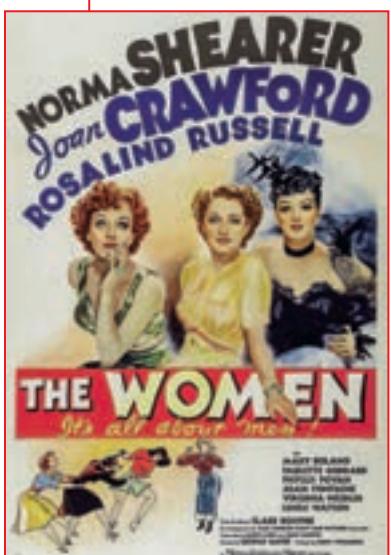
Más allá de estos límites indudables, sigue siendo una película más bien divertida y sobre todo capaz de representar de forma convincente, y a partes también conmovedora,



Aprovechando de la posición de mayor libertad de Grete, las dos mujeres se encontraron casi cada día, hablaban, se contaban. Grete ayuda a Milena a ayudar lo más posible a las más débiles, las más necesitadas, un rasgo muy fuerte de su carácter que no abandonó ni siquiera en el campo de concentración. Su amistad se hace cada vez más estrecha, mientras que en torno a ellas el campo se hace cada vez más duro, con el aumento enorme de detenidas, los experimentos médicos, y finalmente, a partir de 1944, la construcción de una cámara de gas. Las amistades femeninas eran importantísimas en el campo, nos cuenta Grete. Entre las políticas, las relaciones de amistad, intensas, quedaban generalmente en el plano platónico; entre las pobres y las criminales asumían un carácter lésbico, reprimido con violencia por las SS.

También en el campo, donde era una de las cosas más prohibidas, Milena escribía: poesías, cartas a Grete, que después debía destruir con gran dolor para evitar que fueran descubiertas. Milena escribía fácilmente, escribió también una página de introducción al libro que proyectaban escribir juntas. Nada ha sobrevivido de lo que escribió en Ravensbrück. En el invierno de 1943-1944 Milena enfermó gravemente. Grete conseguía ir a verla durante pocos minutos al día, a escondidas, y llevarle a veces algo de comer. Murió el 17 de mayo de 1944 y no le dio tiempo a ver la transformación, en el otoño de 1944, del campo en un campo de exterminio, con la construcción de la cámara de gas donde, como enferma, hubiera seguramente acabado.

Grete sobrevivió y en 1949 contó su detención en el gulag testimoniando a favor de Viktor Kravchenko en el juicio que en París opuso al escritor ruso, autor del libro *He elegido la libertad, a la revista comunista «Les lettres françaises»*. Muchos años después, escribió el libro sobre Milena, un extraordinario homenaje a la amiga perdida. Murió en 1989, en el año de la caída del muro de Berlín.



la solidaridad femenina. El mismo Cukor lo hará decididamente mejor casi veinte años después cuando con *Les girls* (1957) firmará un musical menos edulcorado de la media sobre tres bailarinas que, después de haber compartido años de aspiraciones, desilusiones y esperanzas, son divididas por el éxito.

Trama parecida en *Damas del teatro* que Gregory La Cava había realizado en 1937: la protagonista, procedente de una familia rica, emprende la carrera teatral por no vivir de rentas y para saborear el estilo bohemio en una pensión donde se alojan aspirantes a actrices. Entre rivalidades y dramas, *Damas del teatro* es también una historia de amistad femenina convincente y a veces conmovedora. Quizá la más bonita absolutamente jamás contada en la pantalla.

Años después, serán todavía dos directores hombres quienes pongan en escena historias complejas de amistad femenina, y por tanto fascinantes: nos referimos a *Persona* (1966) de Ingmar Bergman y *Tres mujeres* (1977) de Robert Altman, películas unidas por el tema de la ósmosis emocional y del riesgo de plagio de la personalidad más débil por parte de la más fuerte.

Los dos grandes directores, sin embargo, han ofrecido también otra versión, más positiva, de la amistad entre mujeres. Altman con el melancólico y crepuscular *Vuelve a la tienda de baratijas*, Jimmy Dean (1982), Bergman con *En el umbral de la vida* (1958), historia de tres embarazos con resultados muy diferentes entre ellos, y de las mujeres que los llevan adelante apoyándose unas en otras.

Afronta la amistad femenina también la película que, más cercana a nosotros, hará conocer al gran público a Peter Jackson, el futuro director de *El señor de los anillos*: en 1994 con *Criaturas celestiales*, Jackson —también él de Nueva Zelanda— cuenta la historia real de dos chicas australianas de infancia difícil, para las cuales la amistad se convierte en una forma de huir de la realidad.

La representación del imaginario casi mágico que las adolescentes tienen en común es un poco grosera, y

traiciona los recorridos del director en el género de miedo, pero la trama sigue siendo emblemática: demuestra cómo una fuerte amistad entre mujeres podía ser vista en el pasado con molestia o incluso con sospecha por una sociedad de miras estrechas. Más aún, si después las protagonistas, tanto en la película como en la vida real, eligen el camino peor para liberarse de ciertos vínculos expuestos.

En 1998 Érick Zonca firma *La vida soñada de los ángeles* que, con sensibilidad, cuenta la amistad entre dos jóvenes que se apoyan la una en la otra en París, en una vida de soledad y trabajos precarios. La llegada de un hombre completamente diferente a ellas, hijo de padre arrogante y egoísta, del cual una de las dos se enamora perdidamente, desvelará la fragilidad de su unión.

Un reparto completamente femenino vuelve en *Inocencia interrumpida* (1999) de James Mangold, ambientado en un instituto psiquiátrico para adolescentes. Como mirada sobre la enfermedad mental la película es algo superficial, pero como historia sobre la amistad tiene momentos conmovedores. Y es interesante la relación que se crea entre la protagonista introvertida y una compañera agresiva, capaz de hacer emerger en la otra una sana conciencia de sí.

Fluye en la criminalidad también la amistad femenina más conocida de la historia del cine, es decir *Thelma & Louise* (1991) de Ridley Scott. Lo cierto es que en la película la relación entre las protagonistas está cimentada también por la experiencia de violencia sufridas por los hombres. En particular, el intento de violación contra una despierta en la otra el recuerdo de una violencia sufrida en pasado, desencadenando un deseo de venganza. A Scott le interesa sobre todo el lado de suspense de la historia, y busca a menudo con pretextos mostrar las emociones fuertes. Esto no quita para que la película tenga algún intenso e incluso poético momento de verdad. Y haya entrado en el imaginario de más de una generación.

Geena Davis y Susan Sarandon protagonistas de «*Thelma & Louise*» de Ridley Scott (1991)

Abajo, el cartel de la película «*Mujeres*» de George Cukor (1939)

JUAN 3, 1-21

La buena noticia que nos llega mediante esta página del Evangelio en este tiempo de Pascua que estamos viviendo, es el anuncio que en Jesucristo muerto y resucitado según las Escrituras (cfr. Lucas 24, 46-48), el Hijo amado que el Padre ha mandado a donar la vida a los hombres (cfr. Juan 3, 16-17), es posible una vida nueva, una vida nueva y eterna (cfr. Juan 3, 15), que se convierte también en vida nueva aquí y ahora, en esta existencia nuestra en la tierra: así es posible como dice Jesús a Nicodemo, «nacer de lo alto» (Juan 3, 7). Sí, el anuncio de una vida nueva para nosotros hombres y mujeres es una verdadera buena noticia, ya que a veces puede prevalecer en nosotros la tristeza y la desesperación delante del mal que habita en nuestros corazones y que desgarra nuestras existencias y nuestras relaciones. Frente a nuestro corazón de piedra nos viene decir: ¿quién nos dará un corazón de carne (cfr. Ezequiel 36, 26)? Frente al fracaso que nuestra vida misma, en el pasado más reciente o en el remoto, ha aparentemente ratificado de forma definitiva, ¿quién, contra la evidencia de toda lógica humana, nos dará la posibilidad de pescar todavía, de sacar frutos de forma abundante cuando todo parece testimoniarnos lo contrario (cfr. Lucas 5, 11)?

Pero Jesús, en esta página del Evangelio, atestigua a Nicodemo precisamente esta posibilidad, posibilidad real no por la fuerza de la capacidad del hombre, sino por la eficacia del misterio pascual, que mediante las energías de la resurrección de aquel que el Padre ha enviado en el mundo para que los hombres tengan vida (cfr. Juan 3, 16), puede hacernos renacer de lo alto, puede renovar nuestras vidas, también contra toda evidencia, también cuando quizás hemos avanzando a lo largo de los años, también cuando la esclerosis de nuestros vicios parece apoderarse de nuestro íntimo y nuestro vivir.

Juan habla de «nacer de lo alto», mientras los tres sinópticos hablan de «conversión», conversión tanto en la actitud (epistrofè), como en lo íntimo, en la forma misma de amar y de pensar (metànoia). La conversión, nos dicen todos los Evangelios, es posible, al punto que Jesús la pone también dentro del anuncio del misterio pascual, del que

Renacer de lo alto para una vida nueva

los discípulos están llamados a ser testigos. El resucitado, de hecho, les dice: «Así está escrito: el Mesías debía sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día y comenzando por Jerusalén, en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados. (...) Ustedes son testigos de todo esto» (Lucas 24, 46-48). Testigos del resucitado, testigos de la vida que en él ha vencido a la muerte, del amor que ha vencido al odio, testigos del perdón de los pecados, pero también de la palabra de la conversión, ya que la novedad de vida se nos ha hecho posible y se nos ha abierto como posibilidad que se abre delante de cada uno también cuando ya el horizonte parecía definitivamente cerrado.

Y esto hasta el punto, que Jesús reprochará, de forma benévolamente, a Nicodemo, revelándole que siendo escéptico frente a esta oportunidad que se le da, no solo es incapaz de captar el regalo que le llega, sino que también falla en cumplir su

misión, su tarea de guiar a la comunidad de creyentes en el Señor: «¿Tú, que eres maestro en Israel, no sabes estas cosas?» (Juan 3, 10).

Pero nosotros creyentes ¿estamos dispuestos a abandonar nuestras tinieblas frente a la luz, y abandonar el pecado que nos habita y nos destruye, más o menos manifiestamente, nuestras vidas? El Señor Jesús se pone frente a nosotros como aquel que ha venido, no para tomar nuestra vida para sí, sino para donar la suya a nosotros (cfr. Juan 3, 14). Y sin embargo este don no es mágico, sino que interpela nuestra libertad; esto, de hecho, puede ser eficaz solo si le deja espacio, solo si los destinatarios de tal don están dispuestos y preparados a recibir ese bautismo de la conversión que es fruto de Pentecostés que sucede en la cruz (cfr. Juan 19, 30), y que ya desde hoy puede renovar y plasmar de nuevo, hacer florecer de nuevo la vida de los que creen en el Hijo, como anuncia el pasaje que sigue inmediatamente a este.



Jesús encuentra a Zaqueo, detalle del políptico de Notre-Dame des Neiges (Francia)



PABLO Y LAS MUJERES

Lidia: guía de la primera Iglesia doméstica en Filipos

DE MARIA PASCUZZI

En torno al año 49, Pablo partió de Tróade, en Asia menor y, atravesando el Egeo, llegó hasta el puerto de Neapolis, en Grecia, desde donde prosiguió hacia el interior para empezar a anunciar el Evangelio de Jesucristo en el suelo europeo. Evangelizó toda la provincia romana de Macedonia, empezando por Filipos, para después proseguir hacia el sureste hasta llegar a Corinto, capital de la provincia romana de Acaya. Lucas, autor de los Hechos de los apóstoles, cuenta que mientras Pablo atravesaba la ciudad de Macedonia (cfr. Hechos de los apóstoles 17, 4. 12). Una de estas macedonias fue Lidia, primera convertida por Pablo en Europa, que colaboró con él para asegurar el éxito de la misión en ese nuevo territorio.

Hasta hace poco tiempo, se creía que las mujeres fueron atraídas por el cristianismo primitivo porque ofrecía una agradecida vía de escape de los mundos sociales misóginos y opresivos en los que vivían y daba la oportunidad de ejercitarse en funciones de guía que hasta entonces se les había impedido. También si esta opinión está difundida y continúa siendo sostenida por algunos, está en contradicción con una vasta serie de testimonios literarios y epigráficos, así como hallazgos, que demuestran que las mujeres del siglo I, ya fueran greco-romanas o hebreas, casadas o viudas, gozaban de una buena dosis de autonomía y de autoridad tanto dentro como fuera de la propia familia; algunas poseían y gestionaban actividades comerciales, eran influyentes en la esfera pública, así como patronas y benefactoras cívicas, y desempeñaban diversos roles guía,

también unidos al culto. Pero sobre todo tal asunto no hace justicia a mujeres como Lidia. Esta última era una rica comerciante pero también una buscadora desde el punto de vista espiritual que no huía de nada, sino más bien tenía mucho que ofrecer al cristianismo de los inicios, después de que su fe había sido despertada a Cristo por la predicación de Pablo. Lidia es citada solo en los Hechos de los apóstoles (cfr. 16, 11-15. 40) donde Lucas indica que era originaria de Tiatira, ciudad situada en la parte occidental de la provincia romana de Asia, en la actual Turquía occidental, en el cruce de las principales rutas comerciales, próspero mercado y centro industrial. La ciudad era conocida por sus corporaciones comerciales. Muchos se dedicaban a la producción y al tinte de tejidos, especialmente de productos teñidos con la púrpura, por los cuales la ciudad era famosa en la antigüedad. La tinta de color púrpura, que era producida con tonalidades y cualidades diferentes, dependiendo si se extrae de moluscos o plantas, era un bien precioso. Productos e indumentarias púrpuras de primera calidad eran bienes de lujo que solo la élite de la sociedad imperial podía permitirse. Lucas nos narra que Lidia era una porphyròpolis, es decir una comerciante de púrpura. El sensato sentido comercial puede explicar el traslado de Lidia a Filipos, rica colonia romana geográficamente bien situada para el comercio tanto por tierra como por mar. Lucas la presenta como cómodamente establecida en Filipos cuando conoce a Pablo. No solo tenía una casa propia, sino que incluso una casa bastante grande como para acoger una comu-



La autora

Maria Pascuzzi, es una monja de San Giuseppe de Brentwood, Nueva York. Obtuvo la licenciatura en Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico en Roma y el doctorado en Sacra teología en la Universidad Gregoriana en Roma. Ha enseñado en seminarios y universidades y actualmente es Associate Dean for Undergraduate Studies en la Seton Hall University School of Theology. Los libros y los artículos publicados por ella están centrados principalmente sobre las cartas, la teología y el mundo social de Pablo. Es miembro activo de la Catholic Biblical Association of America y de la Society of Biblical Literature.

nidad de creyentes en Cristo formada, se estima, por unas treinta y cinco personas. Además, tenía bastantes trabajadores en la casa como para cuidar tanto de su propiedad como de sus negocios. Es además razonable suponer que frecuentara ambientes ricos. Dado que comerciaba con púrpura, es probable que su clientela perteneciera a las clases más altas de la sociedad de Filipos e incluyera quizás también funcionarios romanos y miembros de su séquito.

Incluso siendo una comerciante de éxito, Lidia, por lo que parece, buscaba algo más que las comodidades y el éxito. Según los Hechos de los apóstoles, Pablo, cuando llegaba a una nueva ciudad, estaba acostumbrado a entrar en la sinagoga local y hablar a los otros hebreos. Ya que, por lo que parece, en los tiempos de Pablo, Filipos no tenía una sinagoga - la existencia de una sinagoga es mencionada por primera vez en inscripciones que se remontan al siglo III y IV - él se puso a buscar una proseuchè, o lugar de oración, fuera de la ciudad, cerca del río. Lo que encontró fue un encuentro de oración de mujeres, presumiblemente miembros de la casa de Lidia, la cual es identificada como una «creyente en Dios». El término proseuchè podría referirse a cualquier lugar en el que se desarrollara una actividad ritual religiosa o, de forma específica, a un lugar de oración para los judíos. Ya que aquí este término aparece conectado con «creyente en Dios», expresión usada por los hebreos para los paganos simpatizantes con el judaísmo, a menudo se presume que Lidia fuera una prosélita hebrea. Sin embargo, esto no es para nada cierto. Es más, es muy probable que, aun reconociendo el Dios de Israel, Lidia continuara rezando una o más divinidades paganas. La devoción a más de una divinidad no era ciertamente insólita en el mundo mediterráneo del siglo I, donde cultos paralelos, alguno local, otros sin embargo importantes, existían uno junto a otro. Algunos de ellos, por ejemplo, los de Diana e Iside, eran particularmente atractivos para las mujeres, que servían como sacerdotisas y asumían otros roles de guía. Basándose en las informaciones que están en los Hechos de los apóstoles, se puede afirmar que con alguna certeza Lidia era una mujer pía, cuyo corazón estaba abierto al fermento del único y verdadero Dios, que la hizo receptiva a la predicación de Pablo. Lucas nos dice que, después de que Lidia y su familia fueran bautizadas, ella ofreció hospitalidad a Pablo. El verbo usado por Lucas, que normalmente es traducido por "obligar" o "inducir", en la carta significa "usar la fuerza". Las palabras elegidas por Lucas sugieren que Lidia poseía un carácter fuerte y que no era el tipo de mujer que aceptara un no por respuesta. Esta descripción,

junto a algunos otros aspectos de la historia de Lidia, exigen un comentario más profundo.

El retrato que Lucas presenta de Lidia, sin mencionar un marido u otra autoridad masculina de la cual ella dependa, capaz de decidir abrir su casa a Pablo y a sus compañeros, difiere de las comunes descripciones del siglo I, cuya vida era definida por el patriarcado. El patriarcado era un sistema jerárquico en el que todos los miembros de una familia estaban bajo la autoridad de la figura masculina más anciana en vida, o pater familias. A través del matrimonio la mujer normalmente pasaba de la autoridad de su pariente hombre más anciano a la autoridad del marido. Sin embargo, junto a este sistema social jerárquico, existían algunas disposiciones jurídicas que concedían a las mujeres un cierto grado de independencia. Por ejemplo, el matrimonio de la mujer podía ser contraído sine manu, que significaba que ella y sus bienes permanecían bajo la potestas, o la autoridad, del padre, a cuya muerte ella podía heredar las propiedades y permanecer la única titular en nombre propio. En los matrimonios sine manu el marido no adquiría ninguna autoridad legal sobre la mujer o sus bienes. Además, en base a la legislación augustea, a las mujeres que daban a luz a un cierto número de niños varones - número que dependía del status social - se les concedía gestionar las propias finanzas y las propias actividades comerciales. Por tanto, aunque Lidia estuviera casada, habría podido beneficiarse de estas y otras formas de legislación, lo que explicaría por qué es presentada como mujer que actúa de forma independiente.

Declarando que Lidia convenció a Pablo para ser su huésped, Lucas la pone en el rol de patrona de Pablo. En los tiempos de Pablo, el patronato era una institución social difundida. Quienes tenían medios y una posición social (mecenas) trataban de aumentar la propia reputación y posición concediendo ayudas financieras y de otro tipo a las personas en situaciones inferiores (clientes). Los clientes quedaban endeudados con sus patrones y, a cambio de la generosidad, prometían lealtad y les aseguraban elogios y obediencia. Si bien a las mujeres del siglo I se les prohibía tener un cargo público, existen abundantes testimonios de mujeres, -especialmente pero no exclusivamente de élite-, implicadas en el patronato. Como sus homólogos masculinos, usaban el propio dinero y el propio estatus para influir en los negocios sociales y políticos, para sostener las artes, los proyectos y las causas cívicas de distintos tipos, las corporaciones de trabajadores y para promover los cultos religiosos preferidos. Por sus obras benéficas normalmente eran homenajeados con estatuas conmemorativas, monumen-

tos e inscripciones. Si bien no existe ningún testimonio externo que confirme sus actividades de patronato, es posible que Lidia y otras mujeres citadas en el Nuevo Testamento, como Febe (cfr. Carta a los Romanos 16, 2), hayan sido benefactoras y patronas de otros antes de dedicar su apoyo a Pablo y a su misión.

De las cartas de Pablo a los Corintos parece evidente que él estaba atento para evitar esos aspectos del sistema del patronato que habrían podido comprometer su libertad de predicar el Evangelio como él consideraba oportuno o su movilidad. Sin embargo, él dependía del apoyo económico de patrones como Lidia, que le daban ayuda material y un techo. Algo todavía más importante, los patrones con buenos contactos sociales como Lidia, con redes de socios de negocios y clientes, podían permitir a Pablo llegar a personas y lugares, en Filipos y otros sitios, que eran esenciales para llevar adelante su misión. Aún más, la generosidad de Lidia se extiende más allá de la ofrenda de comida y alojamiento para Pablo y sus compañeros misioneros. Su casa se convierte en la sede reconocida de la comunidad naciente de Filipos, sobre la cual, como jefe de la casa, ella probablemente ejerció un papel de guía.

El primado de su casa, y por tanto su papel en el crecimiento de la Iglesia en Filipos, resulta evidente leyendo el final del capítulo 16 de los Hechos de los apóstoles. Después de su milagrosa liberación de la cárcel, Pablo y Sila fueron enviados a casa de su carcelero, que había asistido a todo. Catequizaron y le bautizaron a él y a toda su familia, formando una nueva célula de creyentes en Cristo. Cuando los magistrados locales les declararon libres, pidiendo perdón por la injusta detención, en vez de permanecer en la casa del carcelero volvieron enseguida a la casa de Lidia. Es allí, en su casa, que la familia apenas constituida por hermanos y hermanas en Cristo estaba reunida y es allí donde Pablo ha dirigido su exhortación final a la comunidad cristiana de Filipos antes de partir (cfr. Hechos de los apóstoles 16, 40).

Un último aspecto que no hay que descuidar de este pasaje es que la Iglesia en Filipos nació entre mujeres, y es a Lidia y a su familia que Pablo encomendó la vida y el crecimiento de la comunidad de creyentes en Cristo que estaba naciendo. Ciertamente a la comunidad se unieron hombres, que asumieron también papeles de guía (cfr. Carta a los Filipenses 1, 1). Sin embargo, las mujeres continuaron desempeñando roles importantes en la comunidad. En su carta a esta comunidad, Pablo menciona dos, Evodia y Síntique, citadas entre sus más estrechos colaboradores en el trabajo por el Evangelio (cfr. Carta a los Filipenses 4, 2). Aun limitadas, existen inscripciones que testimonian de forma clara que las mujeres continuaron desarrollando roles importantes al menos hasta el siglo VI.

Hoy los estudiosos se preguntan si Lidia fue una persona histórica concreta o simplemente una figura inventada por Lucas para representar a la mujer ideal, rica e independiente, de la cual,

en su narrativa, deseaba subrayar la atracción hacia el cristianismo. Hayan existido o no, las mujeres independientes y ricas como Lidia, fueron atraídas por el cristianismo de los inicios e influyeron en el crecimiento y el desarrollo de las primeras células de los creyentes cristianos. El hecho es que en todo el Nuevo Testamento Lidia es mencionada solo aquí, unida a la desatención general hacia las mujeres que ha caracterizado los estudios bíblicos del pasado, probablemente explica por qué ha sido tratada como personaje menor en la historia inicial del cristianismo. Sin embargo, no es exagerado afirmar que, sin la colaboración y los recursos de Lidia, o de una mujer como ella, es probable que los esfuerzos iniciales de Pablo nunca habrían dado vida a esa floreciente comunidad de creyentes en Filipos, para él fuente de aliento y de apoyo durante todo el ministerio.





formación de excelencia
a tu medida



salamanca

GRADOS

Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas (ADET)

Ciencias de la Actividad Física y del Deporte

Comunicación Audiovisual

Enfermería

Ingeniería Informática

Logopedia

Maestro en Educación Infantil

Maestro en Educación Primaria

Marketing y Comunicación

Periodismo

Psicología

Publicidad y RR. Públicas

LICENCIATURAS

Derecho Canónico

Filosofía

Teología

DÓBLES GRADOS

Ingeniería Informática + ADET

ADET + Ingeniería Informática

madrid

GRADOS

Enfermería

Fisioterapia

LICENCIATURA

Teología



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA



Ven a visitarnos

promocion@upsa.es

Tel. 923 277 100 * Ext. 7471

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)

C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca

Tel. 923 277 150 * sie@upsa.es

www.upsa.es